

# HA PERDIDO EL MUNDO SU MAS BELLO ORNATO

**V**UELVE a tomar actualidad la frase con que un Príncipe de la Iglesia sintetizara el dolor general por la muerte de Isabel la Católica: «Ha perdido el mundo su más bello ornato».

Al comunicar Radio Vaticana su sintonía rebotante de dolor al mundo entero el tránsito de Pío XII, el hombre extraordinario que supo llenar un siglo con su imponente personalidad, los grandes rotativos, como los bronces de todas las catedrales y de todas las ermitas cristianas, han hecho lloroso eco del dolor que aflige al mundo católico. El Pastor Angélico, el hombre iluminado y genial, que supo trazar derroteros increíbles en todos los campos de las materias y relaciones humanas, cerró los ojos a nuestro mundo pasible. Ya no alumbrará su mirada a las multitudes, de las que supo captar hasta el substrato de su más íntima pulsación espiritual, ni ya reflejarán la tierra los ojos inteligentísimos de Pío XII, que tan hondo sabían mirar a través de su cautivadora suavidad, y que, un día, merecieron ver la sonrisa de Jesucristo.

El hombre clarividente de tan rotunda universalidad y de tan concretos valores, que tan magistralmente supo afianzar en las difíciles situaciones cruciales por que pasó su augusto Pontificado, las prerrogativas y derechos de la cristiandad amenazada, el hombre tan reconocidamente providencial y único, se nos acaba de marchar... La Roma eterna, silenciosa y emocionada; llegó, como en audiencia general de las que él había sido tan feliz promotor, a tributarle su sentidísima condolencia; pues ya no se vería más en la noche italiana el resplandor de su estancia iluminada, que acusaba el incansable desvelo de un padre preocupado por los destinos de sus hijos de todos los paralelos, ni presenciarían más su gesto inefable, característico y arrebatadoramente emotivo, de hablar a todos con los brazos abiertos, porque todos cabíamos en su corazón. El abrazo santo, que había rodeado al mundo, se ha plegado en quietud perpetua, y en



## Homenaje póstumo a S. S. Pío XII

un frío de orfandad espiritual, se cierra en los corazones, cohibiendo, con sordina de quebranto, el ordinario ajetreo.

La sonrisa del mundo ha quedado en sombras, y un vacío silencioso y grande, con sabor a lágrimas y a desolación, esponja su hueco doloroso en el alma de todos los que sabían su nombre; porque, conocido es, que a Pío XII se le rendía admirativa veneración en todas las latitudes y por gentes de todos los credos y sectas.

Los complicados problemas de los tiempos actuales, la febriciente agitación de las masas obsesionadas por principios insanos de doctrinas decadentes, han perdido con la Persona del Padre Santo un venero de luz y una columna de consistencia incomparable. ¡Cómo repartía a Dios, emanando claridad en cada rasgo de su desenvolvimiento pastoral! Su Santidad era inolvidable. Dirigiéndose a los fieles en el barandal de Santa María la Mayor, o en Castelgandolfo o en el balconaje de San Pedro, donde arrancaba verdaderas explosiones de

entusiasmo y de cariño, era una corriente de espiritualidad que transportaba a todos al mundo que él quería. Sembraba a Dios en las almas con gozo y emoción. Su figura ascética y blanca, que alguien ha definido como salida de los pinceles del Greco, tenía tal prestancia de santidad, tan elevado encanto y dignidad tan soberana que, al verlo, las multitudes se llenaban de santo entusiasmo y de viva simpatía. Su palabra de superdotado y de apóstol, siempre al servicio de las necesidades urgentes de la vida en toda la gama de las orientaciones, que sabía dejarse oír, como la de los Apóstoles, en el

idioma de cada cual, era sol beneficioso y lluvia caladora, que producía en las almas óptimos frutos de conversión y de salud.

El Vicario de Cristo sabía sonreír. Ya lo expresaban gráficamente los profundos surcos que a los lados de su boca había trazado el manejo de esta arma irresistible y diáfana de su sonrisa. Sonreía con los niños, con las familias, hasta con sus pajarillos, y ¿por qué no?, con los diplomáticos y monseñores, también; pues su alma delicada vibraba con acentos paternales, sin distinciones de categorías, de razas, de lenguas ni de color.

El progreso, la técnica, el arte, el deporte, la superación general en todas sus manifestaciones y la evolución de la vida moderna, de la que era tan amigo de imprimir impulso y protección generosa, nunca llorarán bastante lo irreparable de su pérdi-



**E**L 28 de octubre, a las cinco y media de la tarde, Radio Vaticano anunció al mundo la exaltación al Supremo Pontificado del Cardenal Patriarca de Venecia, Angel José Roncalli. Tiene en su escudo estas dos palabras: «Obediencia y paz».

Quizá también él, como José Sarto (San Pío X), sacó billete de ida y vuelta camino del Conclave. Pero, también ahora, Dios ha querido que el hijo del granjero bergamasco, como entonces el del alguacil, rinda viaje, ancle y amarre en el puerto vaticano. Donde Simón Pedro añoraba su mar de Galilea, el nuevo Pescador recordará los canales venecianos. La Iglesia estrena piloto y la cristiandad está de fiesta después de unos días de orfandad dolorosa.

El Espíritu de Dios dijo su palabra, y un hombre sencillo y santo, sabio y curtido, pronunció su presente de aceptación.

Producida la elección del nuevo Pontífice a la pregunta del Cardenal Decano si aceptaba el Sumo Pontificado, el elegido respondió: «Tremens factus sum ego et timeo», es decir: «Lo que yo sé de mi pobreza y debilidad hasta para mi confusión».

Pero viendo en los votos de mis hermanos, los eminentísimos Cardenales, la señal de la voluntad de Dios, acepto la elección hecha por ellos e inclino la cabeza y la espalda al cáliz de la amargura y al yugo de la Cruz. En la festividad de Cristo Rey todos hemos cantado: «El Señor es nuestro Juez; el Señor es nuestro Legislador; el Señor es nuestro Rey; El nos salvará».

Me llamaré Juan. Este nombre nos es dulce, porque es el nombre de nuestro padre; nos es suave, porque es el titular de la humilde parroquia en que recibimos el Bautismo; es nombre solemne de innumerables catedrales, esparci-

## EL NUEVO PAPA JUAN XXIII



da; pues ha desaparecido con él el guía inteligente, cultísimo y psicólogo, que sabía orientar sus direcciones hacia la meta del éxito, porque sabía, también, cerner en sus atinadas argumentaciones la luz sobrenatural de la doctrina del Evangelio.

La insigne labor de su fecundo Pontificado es un exponente luminoso de su actividad incansable y de su inteligencia brillantísima.

Huelga referir definiciones dogmáticas, disposiciones litúrgicas, renovaciones de rezos, festividades implantadas y, en fin, todo lo que significa avance moral, cultural y formativo.

Este hombre, que leía en el destino de los pueblos y que asesoraba sabiamente a sus conductores, estaba acuciado por un tema obsesionante que impregnaba todos sus radiomensajes, Encíclicas y conversaciones: La Paz. La paz basada en la justicia, en el orden, en la oración, en el trabajo, en la concordia de los corazones y en la fe, edificada sobre los cimientos sólidos de la doctrina de Cristo. En su «Optatissima Pax», entre otras, quiere que la oración arranque a los Cielos el elixir de paz que los pueblos necesitan.

Un Mundo Mejor nació de su mente y, en ciertos planos de traza insuperable, concretó elementos, reunió aptitudes y, por medio de sus colaboradores incondicionales, lo estableció en medio de las gentes, que es como repartir la Comunión del bien y de la verdad entre todos sus hijos del orbe cristiano.

Un líder de máxima actualidad ha dicho, con

muy atinada frase, que con la muerte del Papa Pío XII estaban de luto todos los hombres de buena voluntad. Es cierto. Y todas esos hombres también, en universal meditación, han llegado a convenir que tienen un allegado en el cielo.

Ya no veremos más la figura elegantísima del Santo Padre pasear por los jardines vaticanos, ni por la ya histórica residencia veraniega de Castelgandolfo, ni tender la aristocracia de sus manos, que enjoyaba el anillo del Pescador, sobre las cabezas de los pequeñuelos, que, como al dulce Jesús, se le acercaban, y a los que atendía como si no tuviera otra cosa que hacer.

Se nos fué el Maestro de la más insigne pedagogía, el trabajador infatigable y heroico, el sociólogo eminente, que, con fina diplomacia, apretaba lazos de distancias para engrosar el rebaño del Divino Pastor. Se nos fué la lumbrera del siglo XX, que supo encender el camino de un futuro.

Pero en su ascensión a las mansiones eternas nos deja un cometido, mitad herencia, mitad programa, cual es la consecución, por esfuerzos reunidos, de una paz edificada con los frutos de la caridad, de la justicia, de la equidad social y del amor del prójimo.

El venerado Papa, de santísima memoria, se llamó en la tierra Vicario de Cristo, en la Santa Sede Apostólica Romana. ¡Qué bien pudiéramos llamarle desde ahora Embajador de la Paz ante el trono del Altísimo!

JOAQUÍN AGUADO  
Capellán de la Beneficencia Provincial

## EL NUEVO PAPA JUAN XXIII

das por todo el mundo y, en primer lugar, de la sacrosanta Basílica Lateranense, nuestra catedral.

Es nombre que en la larguísima serie de los Romanos Pontífices goza de una primacía numérica. En efecto, son 22 los Sumos Pontífices llamados Juan, de legitimidad indiscutible. Casi todos tuvieron un breve pontificado. Hemos preferido cubrir la pequeñez de nuestro nombre detrás de esa magnífica sucesión de Romanos Pontífices. Y San Marcos evangelista, gloria y protector de nuestra carísima Venecia, aquel a quien San Pedro, Príncipe de los Apóstoles y primer Obispo de la Iglesia Romana, amaba como a su hijo, ¿no se llamaba también con el prenombre Juan?

Pero Nos amamos de modo particular el nombre de Juan; para Nos y para toda la Iglesia tan querido, por su doble apelativo, es decir, de dos hombres, que estuvieron más próximos a Cristo Señor, Redentor de todo el mundo y fundador de la Iglesia.

Juan Bautista, el precursor de Jesús, no era ciertamente la luz, pero era testimonio de la luz, y fué realmente testimonio invicto de verdad, de justicia, de libertad en la predicación, en el bautismo de penitencia, en la sangre derramada.

Y el otro Juan, el discípulo y evangelista predilecto de Cristo y de su dulcísima Madre, que en la cena descansó sobre el pecho del Señor, y de él extrajo aquella caridad, de la que fué, hasta la prolongada senectud, llama viva y apostólica.

Dios quiera que ambos Juanes clamen en toda la Iglesia por el humildísimo ministerio pastoral nuestro, que sucede al también llevado a término por nuestro llorado predecesor, de inmortal memoria, Pío XII, y el de sus antecesores, tan gloriosos en la Iglesia; griten al clero y a todo el pueblo nuestra obra, con la cual deseamos preparar al Señor un pueblo perfecto, reformar sus senderos, a fin de que los caminos torcidos se enderecen y los ásperos se hagan planos, a fin de que todo hombre vea la salud de Dios.

Y Juan Evangelista, que como él mismo atestigüa, tomó a María, Madre de Cristo y Madre nuestra, secunde juntamen-

te con Ella la misma exhortación que concierne a la vida y al gozo de la Iglesia Católica y Apostólica e igualmente la paz y la prosperidad de todos los pueblos: «Hijos míos, amaos unos a otros, porque éste es el precepto grande del Señor».

Que Dios nos conceda benígnamente, que signados por el mismo nombre del primero de esta serie de Sumos Pontífices, podamos, con ayuda de la gracia divina, tener su misma santidad de vida y su fortaleza de ánimo hasta llegar, si place a Dios, al derramamiento de la sangre.

Juan XXIII se sintió anonadado ante el peso del Sumo Pontificado; la imponente majestad del lugar, del concurso, de las invocaciones al Salvador, a Santa María, a los ángeles y santos, a San Pedro y San Pablo, a todos los santos Pontífices que le precedieron, habrán sacudido todo su ser con estremecimientos de pequeñez y miseria frente a la inmensidad de la carga que sobre sus hombros ha caído.

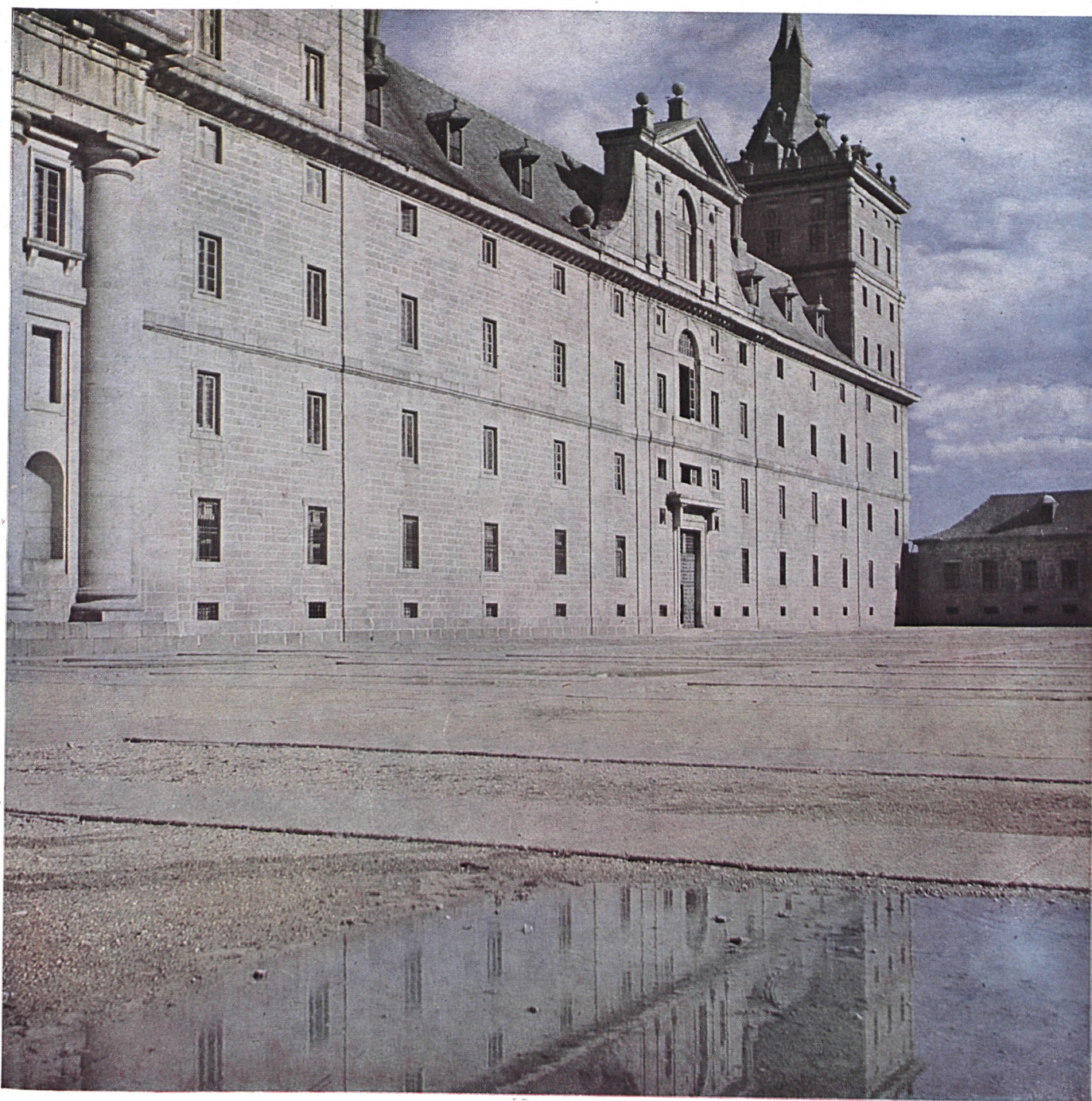
Junto a él está la Iglesia entera pidiendo con fervor a Cristo que le ayude. Y la representación de 51 países: príncipes, hombres de gobierno, toda esta grandeza se pliega ante la imponente majestad del Vicario de Cristo. El ciñe en sus sienes la más augusta corona y empuña en sus manos la llave de todos los misterios y de todos los carismas. De un hombre del pueblo, amasado en carne mortal, surge el lugarteniente de Cristo, cuya voz y mandato se reviste de eternidad.

El mundo entero pide la ayuda de Dios para la humildad de Juan XXIII. De todos los corazones ha subido al cielo y seguirá ascendiendo a diario la fervorosa oración para que a nuestro Padre y Pastor no le falte su apoyo.

España, siempre amante de la Santa Sede, ocupa un lugar de primera fila entre los sentimientos del nuevo Pontífice, y ella corresponde, agradecida, orando postrada a sus pies. No dudamos que pasará a la Historia como el Papa elegido por Dios para los tiempos presentes.

J. A. GARCÍA





**L**A Revista CISNEROS estaba en deuda con el Monasterio de El Escorial. Hasta ahora sólo de una manera accidental había llegado a nuestras páginas la gran obra de Felipe II. Hoy, coincidiendo con la pasada celebración del DIA DE LA PROVINCIA, nuestras páginas se llenan a base de temas e ilustraciones que giran en torno al Monasterio. Y abriendo nuestro homenaje, como portada de honor, una foto en color de Loygorri anunciándoles que aquí empezamos a hablar de la octava maravilla del mundo ...









# EL ESCORIAL EN LA LITERATURA

UNA de las más grandes obras llevadas a efecto por la mano del hombre en España es el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, erigido por Felipe II en conmemoración de la Batalla de San Quintín, y es, como muchos le han descrito, la octava maravilla del Mundo. La búsqueda del paraje ideal para su erección puso en movimiento a teólogos, médicos y todo género de científicos del siglo XVI. Por fin se halló el lugar adecuado en las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, junto a un pueblecillo que nos describe de la siguiente manera un anónimo en el año 1591:

Ese pueblo y vando maldito del Escorial, pueblo sin comedimiento, montaña desgraciada, sitio sin afavilidad, a donde sacando el edificio y las cosas santas de aquel Mo-

nasterio, todo lo demás es horrible, todo aborrecible, todo abominable... es sierra que con estar en valles, es tan estéril de yerba, que de una poca que nace entre los árboles, está cerrada la puerta porque no se pise. Allí los cercados nada producen, sino que, por apariencias, unas piedras están cercadas por otras. En este triste Escorial no se da vino ni se coje pan; las plantas no medran; los árboles no crecen; las frutas se yelan; los frutos se apedrean; y lo que de la niebla, del yelo o del granizo escapa, es comido de venados. Las aguas son allí crudas; los vientos, penetrantes; el frío, insufrible; el calor, intolerable; las flores, sin olor; las mujeres, sin color, sin gracia, sin donaire; los hombres, desaliñados, groseros, rústicos...

O que lástima es ver a un pobre negociante vajar del Sitio sudando por aquella cuesta, renegando de la paciencia porque no le despachan y cuando llega a la posada halla la casa por barrer, la olla por cocer, la comida medio comida; el agua, caliente; el vino, binagre; la mesa, coxa; los manteles, sucios; los platos, quebrados; la copa, vernizada con grasa, y lo uno y lo otro hirviendo de moscas; y cuando se va a dormir le saltan de improviso tantas pul-



gas y chinches que nunca fué tanto el número de los mil millones de gente del Ejército de Xerges...

No lo pasan mejor los que quedan en el Sitio, porque para cualquier parte ai tres leguas de mal camino; todo anda rebuelto, todo mezclado; todo confuso; a un mismo tiempo se oye bramar el ciervo y gemir la dama, aullar el lobo, suspirar el fraile, rebuznar el asno, murmurar el pretendiente, mugir la baca, quejarse el negociante, gruñir el puerco, renegar el soldado, graznar el ganso, regoldar el privado.

Esta peyorativa descripción del Real Sitio no es única; le acompaña en la diatriba el Padre Mariana, si bien mezclándola con la loa y crítica del Palacio y Monasterio:

Entre nosotros no se ha hecho acreedor a menos alabanzas nuestro gran Rey Felipe II, que dejando aparte los demás edificios, alcázares y sitios reales de soberbia estructura que ha dejado en todo el reino, ha levantado el magnífico y gigantesco templo consagrado al glorioso mártir San Lorenzo, que he creído de importancia describir en este libro.

En el punto por donde la tierra de Segovia se entra en la frontera de la Carpetania, está situada una aldea, ayer desconocida y hoy celebrísima, llamada Escorial, según algunos, por haber existido allí en los antiguos tiempos una de tantas minas de hierro como tenemos en España. Lejos de ser elegantes, las primeras casas de esta aldea estaban rudas y toscamente trabajadas, cosa nada extraña cuando sabemos cuán incuriosos son edificar los labradores, que atienden mucho a la utilidad y poco al ornato. Es el terreno a la redonda estéril y escabroso, tanto, que apenas se hace accesible a nuestros carromatos, así que es allí muy escasa la cosecha del vino, del trigo y de los demás granos. Lo que más abunda, y no mucho, es el ganado, que encuentra buenos pastos y puede medrar holgadamente, sobre todo en verano, en que se goza allí de una agradable temperatura, aun cuando está más abrasado por los ardores del sol lo interior de la provincia. Como están cubiertos los montes vecinos de nieves eternas, soplan frecuentemente aires templadísimos y manan por todas partes copiosas aguas que son de grande importancia para los habitantes, y sobre todo, presentan agradablemente a los ojos del viajero los campos cubiertos de verdura... se alza una gran mole, con que no son comparables las maravillas de los antiguos... atendida la grandeza y suntuosidad del monumento.

... torres más elegantes que imponentes, en que están abiertas de la base al remate muchas ventanas, tal vez más de las que convienen, como sucede en otras partes del mismo monumento.

Comienzan las alabanzas en la *Miscelánea* de don Luis Zapata, contemporáneo a su erección:

El mejor edificio y más rico, la casa de religión de San Lorenzo el Real.

Páginas más adelante dice:

... la admirable y divina obra de San Lorenzo el Real, de una funda perpetua de los gloriosos y reales cuerpos de los reyes de España; nueva y octava maravilla añadida a las siete maravillas del Mundo, y pienso que más señalada.

La consideración que alcanzó este monumento entre sus contemporáneos, especialmente entre los poetas, podemos ponderarla a través del soneto gongorino fechado, posiblemente, en 1589:

Sacros, altos, dorados chapiteles  
que a las nubes borráis sus arreboles,  
Febo os teme por más lucientes soles  
y el cielo por gigantes más crueles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes  
los tuyos, sol; de un templo son faroles,  
que al mayor mártir de los españoles  
erigió el mayor rey de los fieles.

Religiosa grandeza del Monarca,  
cuya diestra Real al Nuevo Mundo  
abrevia, y el Oriente se le humilla.

Perdone el tiempo, lisonjee la Parca  
la beldad desta Octava Maravilla  
los años de este Salomón Segundo.

El fraile jerónimo José de Sigüenza escribió en 1599 aquella preciosa Historia de la Orden que Unamuno calificó de «Escorial de la prosa», donde se biografía el monumento y se describe —por extenso—, de manera perfecta, comprensiva, con simpatía e imparcialidad, el grandioso monumento:

... la ilustre fábrica del Monasterio de San Lorenzo el Real que, sin agraviar a ninguna, osaré decir que es de las más bien entendidas y consideradas que se han visto en muchos siglos, y que podemos cotejarla con las más preciosas de las antiguas, y tan semejante con ellas, que parecen partes de una misma idea. En grandeza y majestad excede a cuantas ahora conocemos, ni se rinde a alguna de las antiguas (no hablo de las sagradas ni de las claramente fabulosas, porque no hay comparación en lo que es de diverso género); la materia y la forma tan bien avenidas y buscadas para los menesteres y fines, que de cualquiera otra, o fuera superflua o ambiciosa. La entereza de las partes, tan cabal y tan hermanas entre sí, que ninguna se queja ni agravia haberse descuidado en ella. De aquí resulta una hermosura grande en todo el cuerpo; de suerte que los que ahora la vemos y gozamos tenemos quitado el deseo de cuanto celebra la antigüedad, y contemplamos en ella y aprendemos con sola su vista una infinidad de primores, que se entiende mal por las relaciones de los antiguos, ni por los vestigios de lo que, con el ansia de alcanzarlos, han descubierto estos adoradores de la antigüedad en las provincias de Asia y Europa.

Lope de Vega, por tres veces, como mínimo, entonó su himno al Escorial:

Si quando aquesto dijo el Castellano,  
la máquina estuiera fabricada  
por el prudente Rey Filipo Hispano  
al abrasado Aragonés sagrada:

Si aquel insigne templo soberano  
donde la arquitectura está admirada,  
consumiendo su fuego en las parrillas  
las siete celebradas maravillas...

Dezir pudiera bien, que su grandeza  
es la mayor del mundo.

y en *La Noche Toledana*:

El templo del Escorial  
maravilla octava ha sido  
desde nuestro polo al Austro  
y del ocaso a Calisto.

El anónimo autor de los *Diálogos muy apacibles*, impresos en Londres en 1599, se manifiesta así con respecto a este tema:

... fuí al Escorial, Monasterio famoso y casa real, como todo el mundo sabe. Mas porque sería menester un libro entero para hacer la descripción, tanto de la iglesia, de la librería y de los patios como de los cuartos y alojamientos del Rey, de la Reina y de los frailes, y también de las



aguas y huertas famosas que hay allá, yo lo remito a la diligencia y curiosidad de los que las quisieren saber más por extenso.

También pasó por el Real Sitio el pícaro trotamundo Estebanillo González y nos dejó la siguiente nota en su autobiografía :

... y dando la vuelta a Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos viendo la grandeza incomparable de aquel sumptuoso templo, obra del segundo Salomón, y emulación de la fábrica del primero, olvido del arte de Corinto, espanto de los pincesles de Apeles y asombro de los cinceles de Lisipo.

Todas estas valoraciones, justísimas, aprecian el sentido artístico y arquitectónico que va desmenuzándose en detalles durante el siglo XVII; así vemos a Gracián :

... aquel gran templo de Salomón Católico, asombro del hebreo, no sólo satisfacción a lo concebido, sino pasmo en el exceso..., la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura, pompa de la curiosidad ya antigua, ya moderna, el último esfuerzo de las artes y donde la grandeza, la riqueza y la magnificencia llegaron de una vez a echar el resto.

El afrancesamiento que venía presintiéndose desde mediados del siglo XVII, se consuma con el cambio dinástico operado a la muerte de Carlos II; con ello cambian las ideas y conceptos, y El Escorial queda abandonado, semimuerto, para adquirir extraordinario valor La Granja y Aranjuez; por eso durante el siglo XVIII apenas si hay alguna cita sobre él, si exceptuamos las críticoartísticas de Ponz.

El dramaturgo que añadió versos a los autos de Calderón y dió un aspecto prerromántico al Don Juan de Tirso, en su *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*, es de los primeros en despreciar y burlarse de la gran obra y edificio construidos por mandato de Felipe II :

Desde el Gran Colmenarejo,  
lugar, en cuyo paraje  
las caballerizas regias  
sólo son arrabales.

Di vista (Dios me socorra)  
a este horrible, formidable  
Traga-aldabas de los Siglos,  
Borujón de las ciudades.

De esta apreciación jocosa y burlesca pasamos al desprecio, a la desestimación de Teófilo Gautier, que servirá de estandarte a los románticos españoles :

#### EL ESCORIAL

Posado junto a un monte, tal como un desafío, en la triste campiña se percibe, de lejos, el sombrío Escorial, erguido sobre el llano, alzando sobre el peso de sus enormes hombros, elefante monstruoso, la cúpula deforme, orgía de granito del Tiberio español. No existió faraón que, en las cimas de Egipto, construyese a su memoria una cripta más negra, ni hubo esfinge sumida en más oscuro hastío; la cigüeña se duerme sobre las chimeneas; crece la hierba, y cubre el patio abandonado; ¡no queda un cortesano, ni un guerrero, ni un monje!

Y todo se diría muerte si, en las cornisas, brotando de las manos de los reyes de piedra, con sus gritos que encantan y su alegría loca, no volasen enjambres de tiernas golondrinas que, para despertarle, golpean con sus alas al inmóvil gigante que sueña eternidad.

Abunda en palabras e ideas Bretón de los Herreros :

En suma, no me hallo bien la austera mansión que pareció tan deliciosa a su fundador, el atrabiliario Felipe II, y hasta el magnífico monasterio en que fundó una gloria *sui generis*, sin disputar su título de octava maravilla, una vez visto y revisto por dentro y por fuera, no viene a ser para mí sino una montaña más, aunque con bellas proporciones arquitectónicas.

El mismo concepto tiene M. J. Quintana :

Al punto presurosas  
mis plantas se alejaron  
a las sierras nevadas y fragosas,  
lindes eternas de las dos Castillas.  
Ya sus cimas hermosas  
mis pensamientos alzaban  
del fango en que tú, ¡oh, Corte!, nos humillas  
cuando mis ojos la mansión descubren,  
que en destinos contrarios  
es palacio magnífico a los reyes  
y albergue penitente a solitarios.  
En vano el genio imitador su gloria,  
quiso allí desplegar, negando el pecho  
a la orgullosa admiración que inspira:  
¡Artes brillantes —exclamó con ira—,  
será que siempre esclavas  
os vendáis al poder y a la mentira!  
¿Qué vale, ¡oh, Escorial!, que al mundo asombres  
con la pompa y beldad que en ti se encierra,  
si al fin eres padrón sobre la tierra  
de la infamia del arte y de los hombres?

A la vez El Escorial ofrece un panorama de historia o, mejor, leyenda negra archirromántico y les sirve a algunos escritores para construir su valoración :

Es de noche; el monasterio  
que alzó Felipe Segundo  
para admiración del mundo  
y ostentación de su imperio,  
yace envuelto en el misterio  
y en las tinieblas sumido.  
De nuestro poder, ya hundido,  
último resto glorioso,  
parece que está el coloso  
al pie del monte, rendido.  
El viento del Guadarrama  
deja sus antros oscuros,  
y estrellándose en los muros  
del templo se agita y brama.  
Fugaz y rojiza llama  
surca el ancho firmamento,  
y a veces como un lamento  
resuena el lúgubre son,  
con que llama a la oración  
la campana del convento.

No obstante para que algunos otros poetas, como Arriaza, sigan pensando en El Escorial como la obra máxima del genio español.

La revalorización de El Escorial es llevada a cabo en el siglo XX, por los escritores de la «generación del 98», que ven en él :

... uno de los actos más potentes de nuestra Historia.